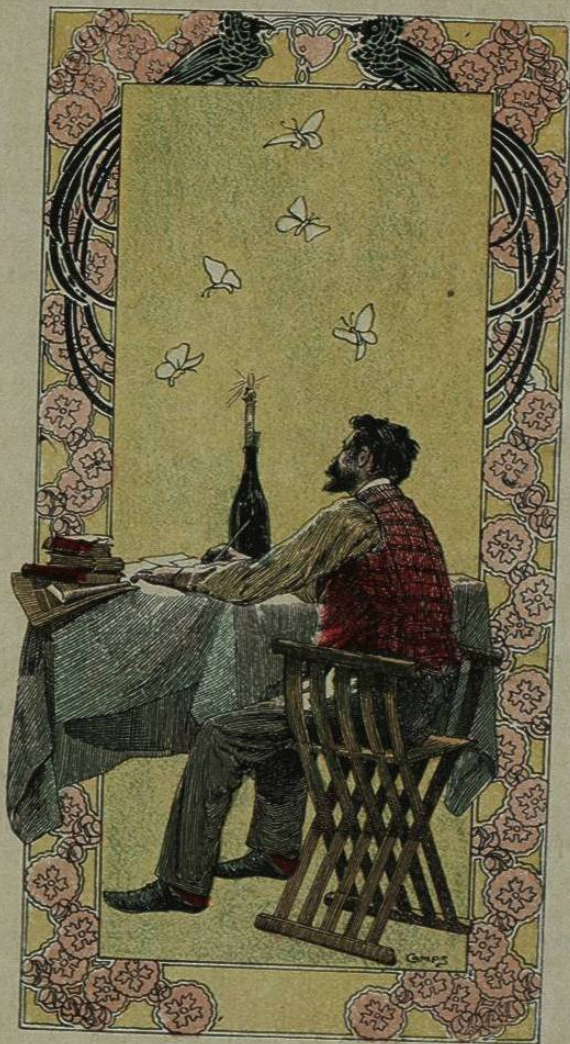




XVII

EL TOCADOR DE LAS GRACIAS

La señorita Mimí, que tenía la costumbre de levantarse muy tarde, se despertó una mañana al dar las diez, y pareció muy sorprendida no hallando á Rodolfo á su lado ni viéndolo siquiera en el cuarto. La noche anterior, antes de dormirse, le había visto, no obstante, sentado al escritorio, dispuesto á pasar la noche redactando un trabajo no literario que le acababan de encargar, y por cuya pronta terminación se interesaba Mimí. Se comprende perfectamente, porque el poeta había hecho entrever á su amiga que del producto de su trabajo le compraría cierto vestido primaveral de la que ella había visto un corte en *Los dos Monos*, un famoso almacén de novedades, ante cuyos escaparates solía detenerse Mimí con frecuencia. Así es que, desde que se principió el trabajo en cuestión, Mimí seguía con gran preocupación sus progresos. Acercábase á menudo á Rodolfo, mien-



tras escribía y asomando la cabeza por encima de su hombro, le decía gravemente:

—¿Qué tal, progresa mi vestido?

—Ya tengo hecha una manga, ten calma,—respondía Rodolfo.

Una noche, oyendo que Rodolfo hacía chasquear los dedos, indicio cierto y corriente de que estaba contento de su obra, Mimi se incorporó rápidamente en la cama, y asomando la cabeza por entre las cortinas, exclamó:

—¿Está ya acabado mi vestido?

—Mira—respondió Rodolfo levantándose para enseñarle cuatro grandes páginas cubiertas de apretadas líneas,—acabo de terminar el jubón.

—¡Qué fortuna!—dijo Mimi.—Ya no falta más que la falda. ¿Cuántas páginas se necesitan para hacer una falda?

—Según; pero como tú no eres alta, con unas diez páginas de cincuenta líneas de treinta y tres letras podríamos comprar una falda conveniente.

—No soy alta, es cierto,—dijo Mimi con seriedad:—pero no convendría exponernos á tomar la tela escasa: ahora se llevan los trajes muy holgados, y quisiera que abundaran los pliegues para hacer ruido con el roce.

—Está bien—respondió gravemente Rodolfo,—pondré diez letras más en cada línea y obtendremos el roce.

Y Mimi se durmió otra vez dichosa.

Como había cometido la imprudencia de hablar á sus amigas, las señoritas Musette y Eufemia, del hermoso vestido que Rodolfo la estaba confeccionando, las dos amigas no dejaron de referir á los señores Marcelo y Schaunard la generosidad de su amigo hacia su amante; y sus confidencias

fueron seguidas por excitaciones inequívocas a que imitaran el ejemplo dado por el poeta.

—Has de saber—añadía la señorita Musette tirando de los bigotes á Marcelo,—has de saber que si esto continúa así, me veré obligada á perderte unos pantalones para salir.

—Una casa de confianza me debe once francos,—respondió Marcelo;—si recobro esos valores, los consagrare á comprarte una hoja de parra á la moda.

—¿Y yo?—preguntaba Eufemia á Schaunard.

—Mi peinador se cae á pedazos. Schaunard sacaba entonces tres sueldos de su bolsillo y los entregaba á su amiga, diciéndole:

—Aquí tienes con que comprar hilo y aguja. Remienda tu peinador, y te instruirás gozando, *utile dulci*.

No obstante, en un conciliábulo secreto, Marcelo y Schaunard convinieron con Rodolfo que cada uno por su lado se esforzaría en satisfacer la justa coquetería de sus amigas.

—Esas pobres muchachas—dijo Rodolfo,—con nada se visten, pero aun hay que darles ese nada. Hace algún tiempo que las bellas artes y la literatura van bastante bien, y ganamos casi tanto como los mozos de cuerda.

—La verdad es que no puedo quejarme, interrumpió Marcelo;—las bellas artes producen espléndidamente; no parece sino que nos hallamos bajo el pontificado de León X.

—Así parece—asintió Rodolfo;—Musette me ha dicho que te marchabas por la mañana y que no volvías á casa hasta la noche, desde hace ocho días. ¿Tienes en realidad trabajo?

—Querido amigo, trátase de un soberbio nego-

cio que me ha proporcionado Médicis. Pinto retratos en el cuartel del *Ave Maria*; diez y ocho granaderos que me han pedido su imagen á seis francos uno con otro, parecido asegurado por un año, como los relojes. Espero que tendré el regimiento entero. Tengo hecho ya propósito de emperifollar á mi Musette cuando me pague Médicis, pues he contratado esos trabajos con él y no con mis modelos.

—En cuanto á mí—dijo Schaunard con indiferencia—sin que lo parezca, tengo doscientos francos que duermen.

—¡Vive Dios! ¡Despertémoslos!—dijo Rodolfo.

—Dentro dos ó tres días creo que firmaré—prosiguió Schaunard.—Al salir de la caja, no quiero ocultaros que me propongo dar libre curso á algunas de mis pasiones. He visto, sobre todo, en la prendería de al lado, un traje de nankin y un cuerno de caza que hace tiempo me dan tilín, y quiero regalármelos.

—Pero—preguntaron á la vez Marcelo y Rodolfo—¿de qué manera piensas ganar ese conspicuo capital?

—Escuchad, señores—dijo Schaunard tomando un aspecto serio y sentándose entre sus dos amigos,—no hay que disimularnos unos á otros que antes de ser miembros del Instituto y contribuyentes, tendremos que comer aún mucho pan negro, y el pan cotidiano es muy duro de amasar. Por otra parte, no estamos solos; como el cielo nos ha hecho sensibles, cada cual de nosotros se ha buscado una *cada cual*, á quien ha ofrecido compartir su suerte.

—Principiando por un aren...que—interrumpió Marcelo.

—Ahora bien—prosiguió Schounard,—aun viendo con la más estricta economía, cuando nada se posee, es difícil ahorrar, sobre todo si se tiene un apetito mayor que la ración.

—¿A dónde vas á parar?...—preguntó Rodolfo.

—A esto:—siguió Schounard—que en la actual situación, haríamos mal, unos y otros en mostrarnos desdeñosos, cuando se nos presenta, fuera de nuestro arte, ocasión de añadir una cifra ante el cero que constituye nuestro capital social.

—¡Habla, pues!—dijo Marcelo—¿á quién de nosotros puedes acusar de hacerse el desdeñoso? ¿Aunque tenga que llegar á ser un gran pintor, no he consentido en consagrar mis pinceles á la reproducción pictórica de guerreros franceses que me satisfacen con su sueldo diario? Me parece que no temo descender del pedestal de mi gloria futura.

—Y yo, replicó Rodolfo—¿ignoras acaso que hace quince días estoy componiendo un poema didáctico-médico-quirúrgico-dentista para un dentista célebre que subvenciona mi inspiración á quince sueldos la docena de alejandrinos, algo más caro que las ostras?... Sin embargo, no me ruborizo; y antes que ver mi Musa con los brazos cruzados le haría poner en verso el *Conductor parisiense*. Cuando se tiene una lira ¡qué diablo! es para servirse de ella... Y después, Mimí está mal de botas.

—Entonces replicó Schounard,—no os sabrá mal cuando sepáis de qué fuente nace el Pactolo cuyo desbordamiento espero.

He aquí la historia de los doscientos francos de Schounard.

Habría como unos quince días, entró en casa de

un editor de música que le había prometido buscarle, entre sus clientes, algunas lecciones ya fuera de piano, ya de armonía.

—¡Pardiez!—dijo el editor al verle entrar,—llega usted en buena ocasión; hoy precisamente me han venido á preguntar por un pianista. Es un inglés; creo que le pagará bien... ¿Es usted realmente aventajado?

Schounard pensó que una modesta continencia podría perjudicarle en las intenciones del editor. Un músico, y especialmente un pianista, modesto, es efectivamente cosa rara. Así es que Schounard contestó con mucho aplomo:

—Soy de primera fuerza; si tuviera un pulmón dañado, largas greñas y frac negro, á estas horas sería célebre como el sol, y en lugar de pedirme ochocientos francos por grabar la partitura de *La muerte de la niña*, vendría usted á ofrecerme tres mil, de rodillas y en una bandeja de plata. Lo cierto es—prosiguió el artista,—que con mis dedos condenados á diez años de trabajos forzados por las cinco octavas, manipulo muy agradablemente el marfil y los sostenidos.

El personaje á quien dirigían á Schounard era un inglés que se llamaba mister Birn'n. El músico fué recibido inmediatamente por un lacayo azul, quien le presentó á un lacayo verde, quien le pasó á su vez á un lacayo negro, el cual lo introdujo en un salón donde se halló frente á frente de un insular encogido en una actitud de *spleen* que le hacía parecer á *Hamlet*, meditando sobre nuestra insignificancia. Schounard se disponía á explicar el motivo de su presencia, cuando unos gritos desgarradores le dejaron con la palabra en la boca. Aquel ruido espantoso que le desgarraba los oídos,

los daba un loro expuesto en una percha en el balcón del piso inferior.

—¡Oh, bestia, bestia, bestia! — murmuró el inglés dando un salto en su sillón.—Hará morirme.

Y en el mismo instante el volátil empezó á recitar su repertorio, mucho más extenso que el de las cotorras ordinarias; y Schaunard se quedó confundido cuando oyó que el animal, excitado por una voz femenina, empezaba á declamar los primeros versos de la relación de *Teramenes* con las inflexiones del Conservatorio.

Aquel loro era el favorito de una actriz en boga en su gabinete. Era una de esas mujeres que no se sabe cómo ni por qué, se cotizan á elevadísimos precios en el *turf* de la galantería, y cuyo nombre está inscrito en la lista de las cenas de los altos personajes del gran mundo, á quienes sirven de postre viviente. En nuestros días viste mucho eso de que un cristiano sea visto con una de esas paganas, que con frecuencia sólo tienen de antiguo su fe de nacimiento. Cuando son bonitas, el mal, después de todo, no es muy grande: el mayor riesgo es el de acostarse en un montón de paja por haberlas puesto cama de caoba. Pero cuando compran á onzas su belleza en casa de los perfumistas y no resiste á tres gotas de agua vertidas en un trapo, cuando su ingenio se condensa en un *couplet* de *vaudeville*, y su talento en las palmas de las manos de un *alabardero*, no se comprende como personas distinguidas, que ostentan á veces un nombre ilustre, valioso ingenio y un traje de última moda, se dejen arrastrar, por seguir la corriente, á levantar al nivel de su capricho, á cier-

tas criaturas de quienes Frontin (1) no querría hacer su Liseta.

La actriz en cuestión pertenecía al número de esas bellezas á la moda. Llamábase Dolores y pasaba por española, aunque había nacido en esa Andalucía parisiense que se conoce por calle de Coquenard. Aunque sólo hay unos siete minutos de la calle de Coquenard á la de Provenza, ella empleó siete ú ocho años en recorrer aquella distancia. Su prosperidad empezó en razón inversa de su decadencia personal. Así es que, el día que se puso el primer diente postizo tuvo un caballo, y dos caballos cuando se puso dos. En la actualidad conducía un gran tren, su casa era un Louvre, ocupaba el centro de la tribuna los días de carreras en Longchamps, y daba grandes bailes á los que asistía todo París. ¿Y cuál es el *todo Paris* de esas damas? Pues toda esa colección de ociosos cortesanos de todos los ridículos y de todos los escándalos; el todo París jugador de *lansquenete* y aficionado á las paradojas, los holgazanes de la cabeza y de los brazos, matadores de su tiempo y del ajeno; los escritores que se hacen literatos para utilizar las plumas que la naturaleza ha colocado en su espalda; los bravos del vicio, los hidalgos tramposos, los caballeros de órdenes misteriosas, toda la bohemia de costumbres equivocadas, que nadie sabe de dónde viene y á dónde va; todas las criaturas anotadas y registradas; todas las hijas de Eva que vendían antes su fruto maternal en una bandeja de mimbres y hoy lo venden en los gabinetes; toda la raza corrompida, desde los pañales á la mortaja, que se encuentra en todos

(1) *Frontin*, tipo de criado de la comedia clásica francesa, parlanchín, ingenioso y desvergonzado; parecido al *Clarín* de nuestro teatro clásico.

los extremos con un Golconda (1) en la cabeza y un Tibet en sus hombros, y para quienes, sin embargo, florecen las violetas de la primavera y los primeros amores de los adolescentes. Todo aquel mundo que las *crónicas* llaman el *todo París*, era recibido en casa de la señorita Dolores, la dueña del loro en cuestión.

Aquel pájaro, cuyos talentos oratorios le habían hecho célebre por todo el barrio, se había convertido, poco á poco, en el terror de los vecinos más inmediatos. Expuesto en el balcón, hacía de su percha una tribuna en la que pronunciaba, desde por la mañana hasta la noche, discursos interminables. Algunos periodistas relacionados con su dueña le habían enseñado ciertas formalidades parlamentarias, y el volátil había adquirido una elocuencia extraordinaria en la *cuestión de los azúcares*. Se sabía de memoria el repertorio de la actriz y lo declamaba con tal exactitud que hubiera podido sustituirla en caso de indisposición. Además, así como ésta era *poliglota* en los sentimientos de su corazón y recibía visitas de las cinco partes del mundo, el loro hablaba todas las lenguas y algunas veces lanzaba en cada idioma ciertas blasfemias que hubieran hecho ruborizar á los marineros de quienes *Vert Vert*, la célebre cotorra, debió su escogida educación. La compañía de aquel pájaro, que podía ser instructiva y agradable durante diez minutos, se hacía insoportable cuando se prolongaba. Los vecinos se habían quejado varias veces; pero la actriz les había despedido con insolencia antes de terminar

(1) Antigua ciudad del Indostán hoy arruinada, célebre porque los sultanes del Dekkan habían reunido en ella inmensos tesoros en piedras preciosas.

sus quejas. Dos ó tres inquilinos, honrados padres de familia, indignados por las indiscreciones del loro que les iniciaba en ciertas costumbres relajadas, se habían despedido del casero, de quien la actriz supo descubrir el flaco.

El inglés, en cuya casa hemos visto entrar á Schaunard, tomó paciencia durante tres meses.

Un día, vistió su furor, que acababa de estallar, con el traje de las grandes ceremonias; y como si tuviera que presentarse en el besamanos de la reina Victoria, en Windsor, se hizo anunciar á la señorita Dolores.

Al verle entrar, ésta pensó en seguida que era *Hoffmann* en su traje de *lord Spleen*; y deseando acoger dignamente á un compañero de profesión, le invitó á almorzar. El inglés le respondió gravemente en un francés aprendido en veinticinco lecciones que le había enseñado un emigrado español:

—Yo aceptar invitación, á condición de comer aquel pácaro... impertinente,—y señaló la jaula del loro, que, habiendo olido que se trataba de un insular, le había saludado canturriando el *God save the king*.

Dolores pensó que el inglés, su vecino, había ido para burlarse de ella, y ya se disponía á enfadarse, cuando aquél añadió:

—Como yo ser mocho rico, yo poner precio á la bestia.

Dolores respondió que quería mucho á su pájaro, y que no deseaba verle pasar á manos ajenas.

—¡Oh! no en manos mías donde querer poner loro—respondió el inglés;—¡ser debajo pies míos!—y le enseñaba el tacón de sus botas.

Dolores se estremeció de indignación é iba á es-

tallar tal vez, cuando apercibió en el dedo del inglés una sortija, cuyo brillante representaba quizás dos mil quinientos francos de renta. Este descubrimiento fué como una ducha que cayera sobre su cólera; y reflexionó que podía ser una imprudencia el incomodarse con un hombre que llevaba cincuenta mil francos en su dedo meñique.

—Pues bien, caballero—dijo—puesto que este pobre Cócó le molesta, lo pondré en la parte de atrás; de este modo no le oirá usted.

El inglés se limitó á hacer un gesto de satisfacción.

—Sin embargo—añadió mostrando sus botas,—yo haber preferido...

—No tema usted—exclamó Dolores;—en el sitio donde lo pondré, le será imposible incomodar á milord.

—¡ Oh! mi no estar milord... mi estar solamente *esquire* (1).

Empero en el momento en que mister Birn'n se disponía á retirarse después de haberla saludado con una cortesía muy modesta, Dolores, que por ningún concepto descuidaba sus intereses, tomó un paquetito que estaba encima de una mesita y dijo al inglés:

—Caballero, esta noche celebros mi beneficio en el teatro de..., y he de interpretar tres piezas. ¿ Me permite usted que le ofrezca algunas localidades de palco? Los precios sólo han sufrido un ligero aumento.

Y puso en manos del insular una decena de billetes.

(1) *Esquire*, que significa caballero en inglés, es una palabra honorífica que suele colocarse después de nombre de varón que no posea título nobiliario.

—Después de haberle complacido con tanta facilidad—pensó interiormente,—si es hombre bien educado es imposible que me los rehuse; y si me viera representar con mi traje color de rosa ¿quién sabe? ¡entre vecinos! El brillante que lleva en el dedo es la vanguardia de un millón. Por vida mía que es muy feo, y muy poco amable, pero esto me procurará la ocasión de ir á Londres sin sufrir el mareo.

El inglés, después de haber tomado los billetes, se hizo explicar por segunda vez para qué servían, y después preguntó cuánto costaban.

—Los asientos de palco cuestan á sesenta francos, hay diez... Pero esto no corre prisa—añadió Dolores viendo al inglés que se disponía á sacar la cartera;—yo espero que, en calidad de vecino, me hará el honor de visitarme de vez en cuando.

Mister Birn'n contestó:

—Mi no gustarme hacer negocios á plazo;—y sacando un billete de mil francos lo dejó sobre la mesita y se metió las localidades en el bolsillo.

—Voy á darle el cambio—dijo Dolores abriendo un pequeño *secretaire* donde guardaba el dinero.

—¡ Oh! no—interrumpió el inglés,—resto para beber;—y salió dejando á Dolores fulminada por aquella frase.

—¡ Para beber!—exclamó ésta cuando se quedó sola.—¡ Qué bruto! Voy á devolverle el dinero.

Pero aquella grosería de su vecino no hizo más que irritar la epidermis de su amor propio; la reflexión la calmó, pensando que veinte luises de beneficio constituían al fin y al cabo una buena jugada, y que en otro tiempo había tenido que soportar peores impertinencias y más mal pagadas.

—¡Bah!—se dijo—no hay que ser tan quisquillosa. Nadie me ha visto, y he de pagar la mensualidad á la planchadora. Después de todo, este inglés maneja tan mal la lengua, que es posible se haya creído decirme una galantería.

Y Dolores se embolsó bonitamente sus veinte luises.

Pero por la noche, al volver del espectáculo, entró en su casa furiosa. Mister Birn'n no había hecho uso de los billetes y las diez localidades habían permanecido desocupadas.

Así es que, al aparecer en escena á las doce y media, la infeliz beneficiada leyó en la cara de sus amigas de entre bastidores la alegría que les rebosaba al ver la sala tan poco concurrida.

Además, oyó á una de las actrices amigas que decía á otra, enseñándole los hermosos palcos desocupados:

—Esa pobre Dolores no ha hecho más que un proscenio.

—Apenas se ve gente en los palcos.

—En la platea no hay nadie.

—¡Pardiez! Su nombre en el cartel produce en la sala el efecto de una máquina neumática.

—¡Y qué ocurrencia la de aumentar los precios de las localidades!

—Valiente beneficio. Apostaría á que los ingresos caben en una alcancía ó en el fondo de una calceta.

—¡Hola! Aquí está con su traje famoso guarnecido de mariscos de terciopelo encarnado...

—Tiene el aspecto de un plato de cangrejos.

—¿Cuánto has hecho en tu último beneficio?—preguntó una de las actrices á su compañera.

—Un lleno, amiga mía, y era día de estreno; las

butacas costaban un luís. Pero no he recibido más que seis francos: mi modista se quedó con el resto. Si no tuviera miedo á los sabañones, me iría á San Petersburgo.

—¡Cómo! ¿aun no tienes treinta años y te propones ya hacer Rusia?

—¡Qué quieres!—dijo aquélla; y añadió: Y tú ¿das pronto tu *benef*?

—Dentro de quince días. He despachado ya localidades por valor de mil escudos, sin contar con mis oficiales.

—¡Toma! Toda la gente se marcha.

—Es que canta Dolores.

Efectivamente, Dolores, colorada como su vestido, gorjeaba su picante *couplet*. Cuando estaba terminando con suma dificultad, cayeron dos ramos á sus pies, lanzados por mano de dos actrices amigas leales suyas, que se adelantaron hasta el antepecho de su bañera, gritando:

—¡Bravo, Dolores!

No es necesario explicar la ira de ésta. Así es que, al entrar en su casa, aunque era á altas horas de la noche, abrió la ventana y despertó á Cocó, que despertó al honrado mister Birn'n, que dormía bajo la fe de la palabra que le habían dado.

Desde aquel día, se declaró la guerra entre la actriz y el inglés: guerra sin cuartel, sin tregua ni descanso, en la que ambos adversarios no habían de retroceder costase lo que costase. El loro, educado al objeto, había llegado á profundizar la lengua de Albión, y profería continuas injurias contra su vecino, en el más chillón falsete. La cosa era verdaderamente intolerable. Dolores no era menos víctima que su enemigo, pero esperaba que de un

día á otro mister Birn'n se despediría de la casa: todo su amor propio se concentraba en esto. Por su parte, el insular había inventado toda suerte de maleficios para vengarse. Primero fundó una escuela de tambores en su salón, pero el comisario de policía intervino. Mister Birn'n, aguzando el ingenio, estableció un tiro de pistola; sus domésticos acribillaban cincuenta cartones al día. Volvió á intervenir el comisario, y le exhibió un artículo de las ordenanzas municipales que prohíbe el uso de armas de fuego en el interior de las casas. Mister Birn'n dió la orden de «alto el fuego». Pero ocho días después, la señorita Dolores se apercibió de que llovía en su piso. El propietario visitó á mister Birn'n, á quien halló tomando baños de mar en su salón. Así era: las paredes de aquella pieza, muy espaciosa, fueron revestidas de planchas de hierro; condenáronse todas las puertas; y en aquella improvisada bañera se echaron un centenar de cargas de agua mezclada con unos cincuenta quintales de sal. Era una verdadera reducción del Océano. Nada faltaba, ni siquiera los peces. Bajábase á él por una abertura practicada en el recuadro superior de la puerta del centro, y mister Birn'n se bañaba allí cuotidianamente. Al cabo de algunos días se percibía el oleaje en el barrio y la señorita Dolores tenía media pulgada de agua en su dormitorio.

El propietario se puso furioso y amenazó á mister Birn'n con un proceso por daños y perjuicios causados en su inmueble.

—¿Es que no tener derecho—preguntó el inglés,—de bañarme en casa mía?

—No, señor.

—Si mi no tener derecho, está bien—dijo el

inglés respetando la ley del país en que vivía.—Saberme mal, mi disfrutar mocho.

Y aquella misma noche dió las órdenes oportunas para hacer secar su Océano. Era tiempo; había ya un banco de ostras en el pavimento.

Sin embargo, mister Birn'n no renunció á la lucha, y estaba buscando un medio legal para continuar aquella guerra singular, que hacía las delicias de todos los ociosos de París; pues la aventura se había extendido por los pasillos de los teatros y otros sitios públicos. Por esta causa, Dolores estaba empeñada en salir triunfante de la lucha, á propósito de la cual se habían cruzado muchas apuestas.

Entonces fué cuando á mister Birn'n se le ocurrió el piano. Y la cosa no estaba mal pensada: iba á establecerse una lucha entre el más cargante de los instrumentos contra el más cargante de los volátiles. Así, pues, desde que se le ocurrió aquella idea, se dió prisa á ponerla en ejecución. Alquiló un piano, y pidió un pianista. El pianista, ya lo recordarán ustedes, era nuestro amigo Schaunard. El inglés le explicó familiarmente sus desventuras á causa del papagayo de la vecina, y cuanto había hecho ya para reducir á la actriz á un acomodo.

—Pero, milord—dijo Schaunard,—hay un medio para desembarazarse de esa bestia; el perejil. Todos los químicos están de acuerdo en declarar que esta hortaliza es el ácido prúsico de esos animales: haga trinchar perejil encima de un tapete, y mándelo sacudir en la ventana, sobre la jaula de Cocó: morirá sin remisión como si le hubiese invitado á comer el papa Alejandro VI.

—Mi haber pensado en ello, pero bestia estar

vigilada,—respondió el inglés;—estar más seguro el piano.

Schaunard miró al inglés sin comprender su idea.

—Osted oir mi combinación,—prosiguió el inglés.—La comedianta y su bestia dormir hasta medio día. Siga usted mi pensamiento... Mi proponerme interrumpir su sueño. La ley de este país autorizarme para hacer música desde la mañana hasta la noche. ¿Osted comprender lo que deseo de usted?

—El caso es que no ha de ser muy molesto para la comedianta oirme tocar todo el día, gratis por añadidura. Yo soy un pianista de primera fuerza, y si sólo tuviera medio pulmón dañado...

—¡ Oh! ¡ oh!—contestó el inglés.—Mi no pedir á usted música buena, sino golpear instrumento. Así,—añadió el inglés tocando una escala;—y siempre, siempre la misma cosa, sin piedad, señor músico, siempre la misma escala. Mi saber un poco medicina, esto vuelve locos. Abajo se volverán locos todos, proponerme esto. Vamos, caballero, póngase usted en seguida; yo pagar bien usted.

—Y aquí tenéis—dijo Schaunard, que acababa de contar todos los detalles que han leído ustedes,—aquí tenéis el oficio á que me dedico hace quince días. Una escala, nada más que una escala, desde la cinco de la madrugada hasta la noche. No diré que esto sea arte serio; pero, ¿qué queréis, hijos míos? El inglés me paga mi ruido á doscientos francos al mes y sería necesario ser el verdugo de sí mismo para renunciar á semejante oportunidad. Acepté, y dentro de dos ó tres días pasaré por la caja á cobrar mi primera mensualidad.

A consecuencia de sus mutuas confidencias, los tres amigos convinieron en aprovecharse de la común entrada de fondos para regalar á sus amigas el equipo primaveral que la coquetería de cada una ambicionaba desde tanto tiempo. Convinieron, además, que el que cobrara primero esperaríá á los demás, á fin de que las adquisiciones se hicieran al propio tiempo, y que las señoritas Mimí, Musette y Eufemia pudiesen gozar juntas del placer de *cambiar de piel*, como decía Schaunard.

Ocurrió, pues, que á los dos ó tres días de ese conciliábulo, Rodolfo fué el primero en cobrar su poema dentístico, que pesaba ochenta francos. Al día siguiente, Marcelo firmó el recibo á Médicis del precio de diez y ocho retratos de cabos, á seis francos.

Marcelo y Rodolfo pasaban las de Caín para disimular su fortuna.

—Me parece que sudo oro,—decía el poeta.

—A mí también,—respondió Marcelo.—Si Schaunard tarda mucho tiempo, me será imposible mantener mi papel de Crespo anónimo.

Pero al día siguiente los bohemios vieron llegar á Schaunard, espléndidamente vestido con una chaqueta de nankin amarillo de oro.

—¡ Ah, señor!—exclamó Eufemia, deslumbrada al ver á su amante encuadrado con tanta elegancia.—¿Dónde has encontrado este traje?

—Lo he encontrado entre mis papeles,—respondió el músico, haciendo signo á sus amigos de que le siguieran.—Ya he cobrado,—les dijo cuando estuvieron solos.—Aquí está el dinero,—y sacó un puñado de oro.

—Pues bien—exclamó Marcelo,—¡ en marcha!

¡Vamos á entrar á saco en los almacenes! ¡Qué contenta se pondrá Musette!

—¡Qué contenta se pondrá Mimí!—añadió Rodolfo.—¡Vaya! ¿No vienes, Schaunard?

—Permitidme que reflexione,—respondió el músico.—Cubriendo á esas damas con mil caprichos de moda, vamos tal vez á cometer una locura. Pensadlo bien. Si llegaran á parecerse á los grabados de *La gasa de Iris*, ¿no teméis que esos esplendores influirían deplorablemente en su carácter? ¿Y es conveniente á hombres jóvenes como nosotros, tratar á las mujeres como si fuéramos unos ricachos viejos y arrugados? No es que vacile en sacrificar catorce ó diez y ocho francos para vestir á Eufemia; pero tengo mis temores; cuando posea un sombrero nuevo, quizás no querrá saludarme. ¡Está tan bien con una flor en los cabellos! ¿Qué opinas tú, filósofo?—preguntó de pronto Schaunard dirigiéndose á Colline, que había entrado unos momentos antes.

—La ingratitud es hija de las buenas acciones,—dijo el filósofo.

—Por otra parte—prosiguió Schaunard,—cuando vuestras amigas estén bien vestidas, ¿qué efecto causaréis á su lado con vuestros trajes deslucidos? Pareceréis sus criados. Y no digo esto por mí,—añadió Schaunard cuadrándose en su traje de nankin;—pues, á Dios gracias, ahora puedo presentarme en todas partes.

Sin embargo, á pesar del espíritu de oposición de Schaunard, se convino otra vez en que al día siguiente se asaltarían los bazares de la vecindad en obsequio á las damas.

Y en efecto, el día siguiente, en el mismo momento en que hemos visto, al principio de este

capítulo, la sorpresa de Mimí al despertarse sin ver á Rodolfo, el poeta y los dos amigos subían las escaleras de la casa acompañados por un dependiente de *Los dos Monos* y por una modista que llevaba muestras. Schaunard, que había comprado la famosa trompa, iba delante tocando la sinfonía de *La Caravana*.

Musette y Eufemia, llamadas por Mimí que vivía en el entresuelo, con la noticia de que les llevaban sombreros, bajaron las escaleras con la rapidez de una avalancha. Y al ver todas aquellas pobres riquezas expuestas ante sus ojos, las tres mujeres se pusieron locas de alegría. Mimí era presa de un acceso de hilaridad y saltaba como una cabra, mientras daba vueltas á un chal de lana. Musette se había echado al cuello de Marcelo, llevando en cada mano una botita verde, que iba golpeando una con otra como si fueran platillos. Eufemia miraba á Schaunard sollozando, no ocurriéndosele mas que:

—¡Ah! ¡Alejandro mío! ¡Alejandro mío!

—No hay cuidado que rehusé los presentes de Artajerjes—murmuraba el filósofo.

Cuando se hubo disipado el primer ímpetu de alegría, cuando hubieron escogido los géneros y pagado las facturas, Rodolfo anunció á las tres mujeres que debían arreglarse para estrenar los trajes nuevos al día siguiente.

—Saldremos al campo—dijo.

—¡Gran cosa!—exclamó Musette—no será la primera vez que haya comprado, cortado, cosido y estrenado un vestido en un día. Además, tenemos toda la noche. Estaremos prontas ¿no es verdad, señoras?

—¡Estaremos prontas!—exclamaron á un tiempo Mimí y Eufemia.

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA DE LA FACULTAD DE LETRAS
ALFONSO...
1925 MONTERREY, MEXICO

Y en el acto pusieron manos á la obra, y durante diez y seis horas no dejaron en reposo ni las tijeras ni la aguja.

El día siguiente era el primero del mes de mayo. Las campanas de Pascuas habían repicado hacía rato la resurrección de la primavera, que llegaba de todos los puntos alrededor presurosa y alegre; llegaba, como dice la balada alemana, ligera como el novio que va á plantar el árbol de mayo al pie de la ventana de su amada. Pintaba el cielo de azul, de verde los árboles y de hermosos colores todas las cosas. Despertaba al perezoso sol que dormía acostado en su lecho de nieblas, con la cabeza apoyada en las nubes preñadas de nieve que le servían de almohada, y le decía: ¡Ea, amigo! ¡ya es hora, aquí estoy! ¡Manos á la obra! Ponte sin tardanza tu hermoso vestido hecho de hermosos rayos nuevos, y asómate al balcón á anunciar mi llegada.

A cuya orden, el sol se puso efectivamente en campaña, y se paseaba orgulloso y soberbio como un cortesano. Las golondrinas, de vuelta de su peregrinación á Oriente, poblaban el aire con sus vuelos; los escaramujos cubríanse de rosas silvestres; la violeta embalsamaba la hierba de los bosques, de donde salían de sus nidos los pajarillos con un cuaderno de romanzas bajo el ala. Era realmente la primavera, la hermosa primavera de los poetas y los enamorados, y no la primavera de Mateo Lænsberg, un tiempo feo que tiene la nariz encarnada, sabañones en los dedos y que hace estremecer de frío aun en el rincón de su hogar, donde las cenizas de su último haz de leña están apagadas hace tiempo. Las brisas templadas atravesaban la transparente atmósfera, y esparcían

por la ciudad los primeros perfumes de las campiñas circunstantes. Los rayos del sol, claros y calurosos, iban á llamar á los cristales de las ventanas. Y decían al enfermo: ¡Abre, somos la salud! Y en la buhardilla de la niña asomada á su espejo, este inocente primer amor de los seres más inocentes, decían: ¡Abre hermosa, que vamos á alumbrar tu belleza! Somos los mensajeros del buen tiempo: puedes ponerte ya tu vestido de tela, tu sombrerito de paja y calzar tus zapatitos más elegantes: los bosquecillos abiertos á las danzas están tachonados de hermosas flores nuevas, y los violines van á despertarse para el baile del domingo. ¡Buenos días, hermosa!

Cuando en la iglesia cercana sonó el Angelus, las tres laboriosas coquetas, que apenas si tuvieron tiempo de dormir algunas horas, estaban ya delante del espejo, dando la última ojeada á su nuevo tocado.

Las tres estaban seductoras, vestidas iguales, y llevando impreso en el rostro el mismo sello de satisfacción que produce el ver realizado un deseo que se acarició por largo tiempo.

Musette, sobre todo, estaba resplandeciente de hermosura.

—Nunca me he sentido tan contenta,—decía á Marcelo;—me parece que Dios misericordioso ha puesto en esta hora toda la dicha de mi vida ¡y tengo miedo que se me acabe! ¡Bah! cuando se acabe ésta, habrá otra. Nosotros tenemos la receta para hacerla—añadió risueña besando á Marcelo.

En cuanto á Eufemia sólo la inquietaba una cosa.

—A mí me gustan los prados y los pajarillos,—

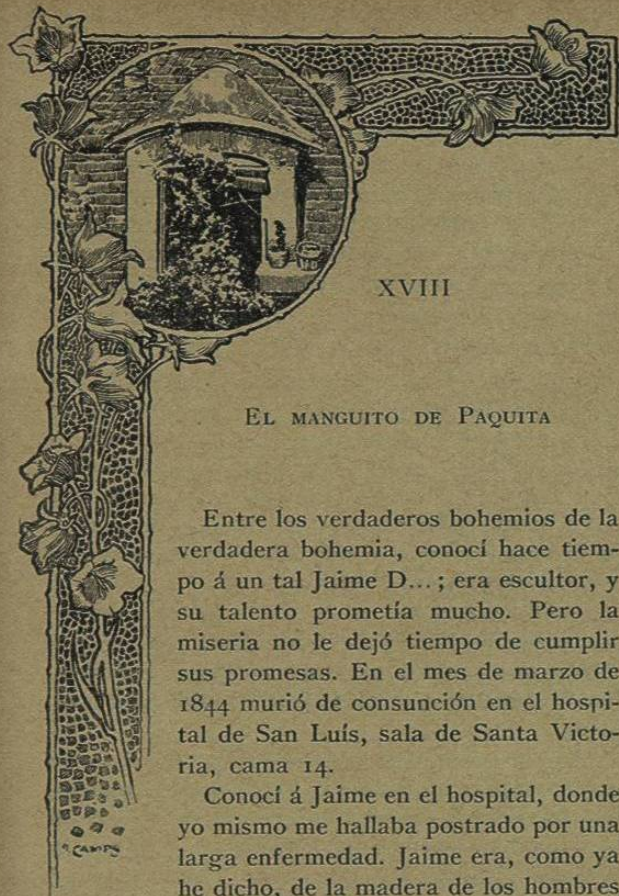
decía—pero en el campo no se encuentra á nadie, y no habrá quien vea mi lindo sombrero y mi hermoso vestido. ¿Si fuéramos de campo en el bulevar?

A las ocho de la mañana, todo el vecindario andaba revuelto por los toques de trompa de Schounard, que daba la señal de la marcha. Todos los vecinos se asomaron á las ventanas para ver pasar á los bohemios. Colline, que era de la partida, cerraba la marcha llevando las sombrillas de las damas. Una hora después toda la alegre banda estaba dispersa por los campos de Fontenay-aux-Roses.

Cuando volvieron á casa á altas horas de la noche, Colline, que durante todo el día había ejercido las funciones de tesorero, declaró que se habían olvidado de gastar seis francos, y dejó el sobrante sobre una mesa.

—¿En qué los emplearemos?—preguntó Marcelo.

—¿Si compráramos títulos de la deuda?—dijo Schounard.



XVIII

EL MANGUITO DE PAQUITA

Entre los verdaderos bohemios de la verdadera bohemia, conocí hace tiempo á un tal Jaime D...; era escultor, y su talento prometía mucho. Pero la miseria no le dejó tiempo de cumplir sus promesas. En el mes de marzo de 1844 murió de consunción en el hospital de San Luís, sala de Santa Victoria, cama 14.

Conocí á Jaime en el hospital, donde yo mismo me hallaba postrado por una larga enfermedad. Jaime era, como ya he dicho, de la madera de los hombres de talento, y no obstante, no lo daba á conocer. Durante los dos meses que le frecuenté, en los que se sentía mecido entre los brazos de la muerte, no le oí quejarse una sola vez, ni entregarse á las lamentaciones que han puesto en ridículo al artista no comprendido. Murió sin jactancia, haciendo la mueca horrible de los agonizantes. Aquella